

◆ CAPÍTULO DOCE

Borde(a)r rostros: Una cartografía fotográfica de la frontera México–Estados Unidos

Alejandro Meter

Más de tres mil kilómetros de frontera unen (o separan, según se vea) a México de los Estados Unidos. Es, sin lugar a duda, uno de los espacios más complejos del mundo que, año tras año, llaman la atención de los medios, de políticos y de académicos. Mi propio interés sobre el tema surge de una necesidad por tratar de comprender dicha complejidad desde lo conceptual y desde lo visual.

Todo comenzó cuando, a finales del 2015, recibí una invitación del Trans-Border Institute, de la Universidad de San Diego, en California, donde se me invitaba a formar parte de dicho instituto como profesor afiliado. Confieso que la invitación me tomó un poco de sorpresa debido a que mi área de especialización como profesor de literatura latinoamericana siempre ha sido la narrativa de la migración y del exilio en el contexto de las dictaduras del Cono Sur y los estudios judaicos latinoamericanos. Me aseguraban en esa carta de invitación que su interés en mi perfil era precisamente porque pensaban que yo podría enriquecer el programa y ofrecer una mirada diferente.

Uno de los requisitos para convertirme en *fellow* era que en enero de 2016 presentara un proyecto de investigación sobre la frontera. Pasé todo ese enero en mi Buenos Aires natal dando clases y abocándome, como vengo haciendo desde hace ya algunos años, a los retratos de autores.

Cuando, el 20 de enero de 2016, Donald Trump fue inaugurado como presidente de los EEUU, luego de haber ganado las elecciones tras una campaña electoral cargada de mensajes xenófobos y antiinmigrantes, entendí que mi compromiso con la frontera tenía que ir más allá de algo meramente académico. Sentí la necesidad de comprometerme a entender a fondo la frontera y su gente desde las letras y las imágenes.

Al regresar a San Diego, en lugar de proponer un proyecto de investigación convencional, me propuse llevar a cabo un proyecto fotográfico de retratos de

autores: novelistas, cuentistas, poetas, ensayistas, dramaturgos y traductores; de ambos lados de la frontera, con el fin de hacer visible la producción cultural de esta región, dar a conocer nuevas voces literarias y, también, reconocer a escritores cuyas trayectorias han dejado una marca indeleble en el imaginario cultural de la región.

La frontera es un espacio visual compuesto de imágenes contradictorias. A lo largo de los años, han surgido distintas posibles maneras de comprender, leer e interpretar este espacio binacional. Ha habido lecturas, por ejemplo, que contemplan la frontera como un espacio híbrido de carácter transnacional, mientras que otros han pensado la frontera como el gran laboratorio de la globalización por antonomasia: una zona de libre comercio para unos y de una enorme desigualdad para otros. La otra lectura es de la frontera como espacio que produce violencia y terror, tanto real como percibido. Dichas contradicciones y paradojas nos exigen buscar otras formas de pensar la frontera. Mi proyecto, por ende, propone ir más allá de estos imaginarios con el fin de reformular o redimensionar la noción misma de “lo fronterizo”.

Cuando se habla de una “literatura de la frontera” se borran los matices y se achata una realidad tan compleja como heterogénea. La frontera es una suerte de imán que nuclea escritores no solo de todo el país, sino también de otras regiones del hemisferio, desde el Caribe hasta Centro y Sudamérica. Conviven allí autores que podríamos denominar “autóctonos”, es decir, aquellos que han nacido y se han criado en esa zona que contrastan con los que han llegado de otras partes del país; de Mazatlán, o de Ciudad de México, o de Guerrero o de Michoacán o de Zacatecas. Del “otro lado” están los que se fueron, o se criaron en los Estados Unidos, pero mantienen fuertes vínculos con su lugar de origen. Hay traductores cuyas obras constituyen grandes puentes entre diferentes lenguas y maneras de ver y comprender el mundo. Hay especialistas en estudios fronterizos, mexicanistas, escritores establecidos y escritores “emergentes,” de ambos lados.

Es mi intención, a través de este proyecto fotográfico, intentar revelar el lado humano de la frontera, los rostros de la literatura de ambos lados de la frontera, e ir más allá de las representaciones visuales con las que nos inundan los medios de la frontera como un espacio (pos)apocalíptico avasallado por la violencia del narcotráfico, el crimen y un estado de crisis permanente.

Con estas imágenes busco poner en tela de juicio y romper con la lógica de la violencia y del desprecio a la vida.

La frontera, como lo demuestran los escritores que he retratado, son muchos lugares a la vez; un lugar que significa diferentes cosas para diferentes personas. Es un espacio en constante (re)construcción, en el que la gente lee, estudia, mira cine, hace las compras, lee el periódico, ríe, llora, protesta, se queda en casa, o cruza y transita permanentemente de un lado para el otro para trabajar, para hacer compras o para ir al médico o para asistir a clases.

Los retratos son, a su vez, una manera de resistir al olvido; una manera de mantener viva la memoria y decir “presente”.

Cuando comencé el proyecto formalmente en 2016, me puse en contacto con el poeta Martín Camps, quien organiza un programa llamado “Itinerarte: el México del más norte”, en colaboración con el Centro Cultural Tijuana (CECUT) y los departamentos de lenguas y literaturas de la Universidad de California, Los Ángeles, y la University of the Pacific, donde Camps es profesor de letras hispanoamericanas. Camps me puso en contacto con Nylsa Martínez, escritora mexicana radicada en Los Ángeles, y Anthony Seidman, poeta y traductor de numerosas obras del español al inglés. Ambos me abrieron las puertas a sus contactos y me presentaron a muchos poetas y escritores. Con el pasar de los meses comencé a viajar con mi auto por ambos lados de la frontera. Luego de dos años de viajes y más de un centenar de retratos, creo que esto apenas empieza.

A Nylsa Martínez la conocí finalmente en Ciudad Juárez en el marco de un festival de literatura conocido como Literatura en el Bravo. Con ella, Anthony Seidman, y Martín Camps, nos dimos el gusto de recorrer el centro de Juárez, donde Seidman y Camps vivieron muchos años. A Nylsa, sin embargo, no la retrataría formalmente sino hasta en el 2018, en Mexicali; nada más y nada menos que donde ella nació y donde estudió, en el campus del CETYS (Centro de Enseñanza Técnica y Superior).

Cuando hablamos sobre la frontera, Nylsa me ofreció una perspectiva bilingüe:

To live on the border, in my experience, means to not be aware that you have been living between two countries: it is just a fact, a part of an ordinary life. Then, when you start growing up, you realize that you are not part of the usual checklist of nationalism requirements or characteristics. You notice that there are many things that you referred to or remembered as part of your childhood, without a Mexican stamp on them. The way you have named things since you first had memory, the food you have eaten, music, TV shows are a strange combination of two sources. People from the center of Mexico might have said: “You’re not a Mexican”.

(Vivir en la frontera, en mi experiencia, significa no percatarse que has estado viviendo entre dos países, es solo un hecho, una parte de una vida ordinaria. Luego cuando empiezas a crecer te das cuenta que no eres parte de una lista de requisitos de nacionalismo o características. Te das cuenta

que hay muchas cosas a las que te referías o recordabas como parte de tu niñez, sin un sello mexicano en ellas. La forma en que nombraste cosas desde que tienes memoria, la comida que has comido, la música, los shows de TV son una extraña combinación de dos fuentes. Personas desde el centro de México podrían haber dicho: “No eres mexicana”.)

Life in the border is constructed by little pieces from this and that from both sides. You cross, buy, visit people, as a quotidian act. You complain about dealing with the US customs, to be force to smile and pretend everything is fine, to wait an unpredictable amount of time to go across. But at the same time, this sense of border citizenship is not just filled with items purchases, it is more a deeper conscience. You know for which country you belong to, but you aren't sure about the stickers you want to put in the bumper of your nationalist spirit car.

(La vida en la frontera es construida por pequeñas piezas de esto y aquello de ambos lados. Cruzas, compras, visitas gente, como un acto cotidiano. Te quejas por tener que lidiar con la aduana estadounidense, estar forzado a sonreír y fingir que todo está bien, esperar una cantidad impredecible de tiempo para pasar. Pero al mismo tiempo, este sentido de ciudadanía fronteriza no solo está llena de objetos de compras, es una conciencia más profunda. Sabes a qué país perteneces, pero no estás seguro de la pegatina que quieres poner en el parachoques para el espíritu nacionalista de tu coche.)

Vivo en una ciudad donde todos son de fuera. Y decir todos, claro, es una exageración. Pero en un día normal encuentro gente de Armenia, las Filipinas, Guatemala, El Salvador, la India, por mencionar lo más común en mi vecindario. Y muchos mexicanos, por supuesto. Yo nunca pensé vivir en este país. Sí, me imaginaba quizá mudándome a un lugar de Europa, pero nunca a Estados Unidos. Y mis razones para no vivir aquí estaban ancladas en algunas heridas de la infancia, en tristes historias familiares que yo no quería repetir y de las que debía mantenerme alejada. Por eso viví en la frontera y en el centro del país. Y nada me hacía falta en México. Llegué a Los Ángeles debido al amor. Contrario a mis pronósticos, este personaje llamado Nylsa un buen día hizo maletas, condujo su vocho por el desierto y se instaló en otra extensión de la bella California. Así que, a pesar de ser otro país, no experimento aquello de

estar verdaderamente lejos. A veces cuando conduzco por la autopista, pienso que estoy en el siglo XVII cuando los jesuitas llegaron al sur de la Baja. Imagino que como ellos, voy ascendiendo hacia norte explorando la infame tierra y entonces los cerros que unos días son verdes y otros de un gris seco, se descubren ante mí, recordándome que ésta también es mi casa.



Nylsa Martínez (marzo, 1979) ha publicado en varias antologías y revistas literarias de México y Estados Unidos; las más recientes son *Desierto en es-carlata* (2018) de Nitro Press y *Nada podría salir mal* (2017) de Editorial Artificios. Algunos de sus títulos individuales son *Roads* (2007) de Editorial Paraíso Perdido, *Afecciones desordenadas* de Editorial Artificios (2016) y *Green Incanto* (2017) de Bagatela Press. Actualmente estudia el doctorado en lenguas y literaturas hispánicas en la Universidad de California, Los Ángeles.

Otra de las personas que recibieron mi proyecto con gran entusiasmo fue Diego Ordaz, con quien compartí varias charlas, tanto en persona como por correo electrónico y por teléfono. Para Ordaz, vivir en la frontera

significa que soy fronterizo, aunque suene repetitivo y obvio. Es raro, pues nunca, mientras crecía y me formaba en las escuelas, mientras estaba en los trabajos, en la casa o con amigos, nunca, nunca, nunca tomé consciencia de mi “fronterización”, si así se puede decir. Yo cruzaba el puente hacia Estados Unidos cada tercer día desde niño de la mano de mi madre, en compañía de mi tía, mis primos y mis hermanos, y jamás supe

que era fronterizo. No supe que era fronterizo hasta que alguien más me llamó “escritor fronterizo”. Creo que vivir en la frontera es algo que no se siente extraño, que se vive y ya, donde se aprende a vivir en cierta biculturalidad que no es extraña, por lo menos para nosotros, los fronterizos. Por eso tardé en saber que era fronterizo, pues, a pesar de ser un rasgo de identidad no es algo que se aborde en el kínder, en la primaria. Cuando supe de estos temas de “ser fronterizo” o “escritor fronterizo” fue en el enfrentamiento con “el otro,” ese que quiere encontrar rasgos de identidad fronteriza en los fronterizos mismos. En resumidas cuentas, vivir en la frontera significa ser multicultural, convivir con ciudades mexicanas lo mismo que con ciudades gringas, convivir con gringos, chicanos, migrantes que vienen del sur de México: significa ser fronterizo sin que cause extrañeza esta multiculturalidad constante.

Se puede ser fronterizo si vives en la frontera y entras en la dinámica multicultural, aunque no seas consciente de ello. Simplemente con participar de las calles de una frontera, de vivir a su gente, comunicarse con las personas y entender códigos creo que ya tienes la carta de naturalización en la frontera. Aunque también hay que aclarar que las fronteras geográficas tienen muchas características peculiares: en estos espacios hay personas que viven y trabajan y van a las escuelas, pero que nunca han logrado adaptarse a esta vida, que no les gusta esta ciudad, pero esas personas también son fronterizas, pues la incomodidad y el reniego por este espacio, por esta ciudad, así como la necesidad de irse y dejar esta pesadilla fronteriza también es un rasgo fronterizo. Las fronteras tienen mucha movilidad, tanto para el Norte como para el Sur, entonces esa pretendida “huida” o esa “fuga” también es un rasgo fronterizo.

Ser “fronterizo,” según Ordaz, es el lugar, el cruce de culturas, pero también es la lengua:

Definitivamente cualquiera con buena voluntad puede “hablar fronterizo,” es una cuestión de aprender los códigos, los giros que van del español al inglés sin ser el *spanGLISH* que hablan los chicanos, pero con los cuales nos podemos entender muy bien. Por otro lado, sí tenemos,

respecto del resto de la República Mexicana, un habla peculiar, con giros idiomáticos lúdicos e ingeniosos, que si bien provienen del inglés, son fácilmente identificables en el español contemporáneo.



Diego Ordaz (Hidalgo del Parral, 1979). Licenciado en literatura hispano-mexicana en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Cursó estudios de maestría en la Universidad Estatal de Nuevo México. Ha sido becario de la Beca David Alfaro Siqueiros en dos ocasiones, en 2007–8 con el proyecto de cuentos “La mano que los rige” y en el 2013 con el proyecto “El indio chihuahuense en *La mujer que se fue a caballo*, de D. H. Lawrence”. Ha coordinado diversos talleres, tanto en la UACJ (Universidad Autónoma de Ciudad Juárez) y el ICHICULT (Instituto Chihuahuense de la Cultura) como en Instituto Tecnológico de Monterrey. Ha sido editor de las siguientes revistas de literatura: *Arenas Blancas*, de la Universidad Estatal de Nuevo México, de 2008 a 2010; *Levrel* (2010–12); y actualmente *Tiresias. Revista Literaria*. En 2011 publicó la novela *Los días y el polvo* (puentelibre editores). Del 2012 al 2014 dirigió el proyecto independiente Estudio Detectives Salvajes, donde se realizaron diversos talleres de narrativa. Es docente en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. En marzo de 2017 fue curador de Literatura en el Bravo, Encuentro Internacional de Escritores, bajo la coordinación de la Secretaría de Cultura del Estado de Chihuahua; asimismo, en el mismo año, fue curador del Primer Mínimo Encuentro Nacional con la Brevidad para la misma institución. En septiembre de 2017 se publicó su libro de cuentos *Permutaciones para el estertor del mundo* (Brown Buffalo Press).

Durante mi segunda estadía en Ciudad Juárez, en 2017, tuve el honor de conocer a Agustín García Delgado, quien acababa de recibir el premio Letras en la Frontera por su poemario titulado *Álbum*. Nos encontramos en el Centro Cultural Paso del Norte para tomar un café, conversar, y luego salir para hacer unas fotos. Sin embargo, el viento era tal que hacía imposible una sesión de fotos en exteriores. Por suerte pudimos encontrar un descanso en las escaleras del Centro donde pudimos continuar nuestra charla y hacer las fotos. Le pregunté a García Delgado qué significaba para él ser fronterizo:

Vivir en la frontera significa, para mí, escapar a las determinaciones culturales de una capital central. El nacionalismo, por ejemplo, me parece una ideología nacida en el centro restringido del poder. Acá no todos, quizá muy pocos, adoptan la modalidad católica, que llamo “antigua”, de celebraciones invernales: los Reyes Magos son sustituidos por “Santoclós”. En lugar de “Nacimiento” ponemos un pino navideño. El Día de Muertos se ve mezclado u opacado por *Halloween*. En política, estamos muy cerca de los modelos norteamericanos y, por extensión y oposición, volteamos a ver los modelos europeos o asiáticos. Tenemos más perspectiva periférica; observamos lo de fuera y, acaso, nos olvidamos un poco de ver hacia dentro de nuestra realidad y nuestros hábitos mexicanos. En el campo literario, me resulta más atractivo leer autores de habla inglesa, y mejor en su idioma, que los novelistas y poetas de siempre: Paz, Fuentes, Vargas Llosa. Pero esa extensión de la mirada también me permite apreciar lo que se produce trascendiendo el sur de mi país, de modo que disfruto las canciones de Jorge Drexler, revisito a Borges, estoy pendiente de lo que hace Sudamérica. Hay una especie de libertad poética, nacida de esta ubicación geográfica (la geografía política) que me lleva incluso a descreer, a negar la misma condición fronteriza: todo límite no es más que una convención humana, efecto de una correlación de fuerzas cambiante con el tiempo. México fue enorme y ahora lo es menos por gracia del poder militar y económico. Pero la gente, la fauna y la tierra son las mismas en todas partes, distinguidas tan solo por influencia del clima y los recursos naturales. Desde una libertad espiritual semejante, donde frontera significa ausencia de fronteras, me gusta sentir el imán poderoso de la orientalidad. Un ciudadano del mundo, como lo fue Octavio Paz, sintió lo mismo ante la seducción de la India y el Japón. Así, me atraen la

meditación, las artes marciales, la poesía japonesa y la cuentística china. El haiku, los mangas, los mandalas. No me lo impide un hábito arraigado en lo central-nacionalista. No me lo impide una religión tradicional de mi país. Vivir en la frontera me hace libre y un tanto rebelde.



Agustín García Delgado (Ciudad Jiménez, Chihuahua, 23 de julio de 1958). Poeta y ensayista. Estudió literatura hispanomexicana en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y la maestría en cultura e investigación literaria en la misma universidad. Ha sido profesor y editor de la revista *Entorno* y la *Gaceta Universitaria* en la UACJ. Colaborador de diversas publicaciones como *Border Senses*, *Entorno*, *Paso del Río Grande del Norte*, *Revista de las fronteras*, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* y *Arenas blancas* de la Universidad Estatal de Nuevo México. Becario del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico David Alfaro Siqueiros, en la categoría de creadores con trayectoria. Parte de su obra ha sido incluida en las antologías *Memorias. II Festival literario de la ciudad*; *Claroscuro. Chiaroscuro. Entrelíneas*, (selección de las obras ganadoras del concurso binacional fronterizo de poesía Pellicer-Frost) y *El mar es un desierto. Poetas de la frontera norte (1950–1970)*. Ha publicado varios libros de poesía entre los cuales figura *Matralaico*. Su último poemario, *Álbum*, fue ganador del Concurso Letras en la Frontera, en agosto de 2017.

Del otro lado de Ciudad Juárez, en El Paso, Texas, Sylvia Aguilar Zéleny, su pareja y yo nos juntamos a caminar por el Segundo Barrio, el barrio histórico de El Paso; un lugar que refleja cabalmente la historia de esta ciudad tan

singular y tan estrechamente ligada a su vecina del sur, Ciudad Juárez. Aguilar Zéleny me contaba:

Cuando me vine a El Paso a estudiar la maestría en creación literaria de la Universidad de Texas, poco imaginaba que no sería solo el programa, sino el vivir en esta frontera lo que impactaría de manera definitiva mi perspectiva como persona, como escritora, como mujer. Vivo en la intersección de muchos mundos y lenguajes. Estoy en el mero vértice de la violencia y a pesar de ello, o precisamente por ello, a la línea entre Ciudad Juárez y El Paso la veo como un asombroso mosaico de experiencias que no dejan de sorprenderme. Aquí he aprendido sobre aquellos que cruzan a diario para trabajar o estudiar acá; aquí he conocido a gente que ha tenido que abandonarlo todo para buscar refugio acá; aquí he sondeado cómo eran los días antes, durante y después del sangriento sexenio de Calderón; aquí he escuchado las historias de niños y adolescentes que, por ser bilingües, se volvieron los intérpretes de sus padres y abuelos. Y todo, todo eso ha tenido un efecto en mi escritura. Mavis Gallant decía que un cuento es eso que ocurre al otro lado de la ventana, me atrevo a decir que esta frontera es mi ventana y lo que escribo es un diario asomarse.



Sylvia Aguilar Zéleny (Sonora, 1973). Narradora, autora de doce libros, entre ellos los libros de cuento *Gente menuda* (Voces del Desierto, 1999), *No son gente como uno* (ISC, 2004), *Nenitas* (Premio Regional de Cuento Ciudad de la Paz; Nitro-Press, 2013), *Señorita ansiedad y otras manías* (Kodama Caronera, 2014),

y las novelas *Una no habla de esto* (Tierra Adentro, 2008), *Todo eso es yo* (Premio Nacional de Novela Tamaulipas, 2015), así como de la serie juvenil *Coming Out*, seis novelas publicadas por Epic Press en Estados Unidos. Su novela más reciente, *Basura*, fue publicada por Nitro Press (2018). Sylvia ha sido becaria tanto del Fondo Estatal como del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en México; parte de su obra ha sido incluida en antologías de México, Corea, Estados Unidos y Perú. Actualmente es profesora del programa de escritura creativa de la Universidad de Texas en El Paso, donde además coordina Casa Octavia, una residencia para escritoras.

Una de las experiencias más gratas que tuve en Ciudad Juárez fue conocer a los integrantes del colectivo Zurdo Mendieta, un grupo literario que lleva el nombre del célebre personaje del escritor Elmer Mendoza, integrado entre otros por Elpidia García, José Juan Aboytia, Alberto García, José Lozano y Ricardo Viguerras, por nombrar tan solo algunos de sus integrantes. Tuve la oportunidad de retratar a Ricardo Viguerras en dos ocasiones y de conversar con él acerca de la vida en la frontera y la migrancia. Para Viguerras, nacido y criado en Murcia, España:

La frontera entre México y Estados Unidos es un territorio mítico, y puede ser estudiado como tal desde varios puntos de vista. Es un territorio mítico por su adscripción al wéstern como mitología del siglo XIX que se hizo universal en el siglo XX y se prolonga en el siglo XXI. Ciudad Juárez no es solo una ciudad, es una industria productora de imágenes simbólicas y relatos que, a pesar de ser tan antiguos como la frontera, son de rabiosa actualidad y reflejan las sangrantes contradicciones del mundo globalizado. Los escritores fronterizos (de ambos lados del Río Bravo, y también los juarenses) vuelven una y otra vez a los mismos símbolos e imágenes que tienen más que ver con una visión mito-poética de esta frontera que con la realidad misma de los seres humanos que en ella habitan. Desde este punto de vista, todos los habitantes de la frontera son seres mitológicos, de mucha o ninguna importancia, según cada caso. La literatura de Ciudad Juárez debería contar la vida en esta frontera sin olvidar una tradición literaria mundial que reivindique con sus historias la universalidad de esta aldea al contar historias que solo aquí podrían ser contadas en determinada forma. Y sin olvidar un retrato de las costumbres y rasgos locales que hacen a Ciudad Juárez singular y única.



Ricardo Viguera (Murcia, 1968). Doctor en filología clásica por la Universidad de Murcia, donde se doctoró en octubre de 2005 con la tesis “La novela policiaca de temática romana clásica. Rigor e invención”. Comenzó a desempeñar diversas actividades como actor, director y guionista en teatro y cine en España y México. Desde 1997 es asesor de mitología y cultura clásica de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), donde imparte las asignaturas Mitología y cultura clásica I y II, y Latín I–IV dentro de la licenciatura en literatura hispanomexicana. Interesado en aspectos de pervivencia de la cultura grecolatina en la cultura popular (novela, cine y cómic), ha publicado los libros *Antología bilingüe del derecho romano* y *Curso elemental de Latín*, ambos en colaboración con Federico Ferro Gay y editados por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez en 1997 y 2003. En 2009 publicó el libro *Breve introducción a la novela policiaca latina*. Ha publicado artículos críticos y sobre pervivencia de la cultura grecolatina en diversas revistas literarias de España, México y Estados Unidos.

En el campo del cómic, imparte la asignatura Obras maestras de la narrativa gráfica en la UACJ y mantiene el blog *Tras las turquesas cortinas*, de carácter misceláneo (tebeos, pero también cine y literatura). Ha publicado diversos artículos en revistas de España y México como *Krazy Cómic* (Complot, 1991), *Trueno* (Asociación de Amigos del Capitán Trueno) y *El reto* (Peñalosa Ediciones, México), y en libros como *Un año de tebeos* (Glénat, 1993), *Homenaje a Carlos Giménez* (Flash Back, 2003), *Marzo en tinta propia* (2004) y *El Capitán Trueno, de la il-lusió al mite* (La Busca Ediciones, 2006). Desde 2009 es, también, colaborador habitual de *Tebeosfera*.

Como escritor, en 2012 colaboró en la antología de relatos *Manufactura de sueños* (Rocinante Editores), que también coeditó. En 2013 publicó *Nuestra Señora de la Sangre*, su primera novela, y en 2014 ganó el Premio Internacional

de Literatura Sor Juana Inés De la Cruz concedido por el Estado de México por *A vuelta de ruedas tras la muerte*, colección de relatos localizados en Ciudad Juárez.

Si se puede hablar de una suerte de renacimiento en Ciudad Juárez, tras diecisiete años de violencia ligada al narcotráfico, César Graciano es uno de los autores que encabeza esta vanguardia. Pasamos una tarde juntos en compañía de otra talentosa escritora, Jazmín Cano, quien además me asistió con varias sesiones de fotos. Con César y Jazmín paseamos por la parte vieja de la ciudad, a pocas cuadras de las vías del tren.

Mi tío me llevaba a su casa en El Paso, y de ahí a un pequeño parque. Me contó que en época de la Revolución las personas llevaban sillas para mirar a los vecinos, los del otro lado, mientras se mataban por un trozo de tierra y poquita libertad. Después mi abuela hablaba con mi tío. Le contaba chistes y él se reía con el acento que solo los texanos bilingües tienen. Mi abuela se burlaba de él por no poder decir la palabra ferrocarril. Para mí eso es la frontera. Un extraño privilegio según el lado del que se esté. Es un espectáculo, pero también es familia.



César I. Graciano (Ciudad Juárez, 1994). Licenciado en periodismo por la UACJ. Ganador del premio Voces al Sol 2016 en la categoría de cuento. Menciones honoríficas en los premios Letras en la Frontera 2017 y Rogelio Treviño de Poesía Joven 2017. Actual becario del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico David Alfaro Siqueiros, 2019.

Del lado de Estados Unidos tuve la oportunidad de entrevistar y retratar a varios especialistas en el tema como a Sonia Nazario, destacada periodista y cronista del *Los Angeles Times* y autora de *La Travesía de Enrique (Enrique's Journey)*, la historia de un niño hondureño que lucha por encontrar a su madre en los Estados Unidos, libro por el cual recibió numerosos reconocimientos, entre los cuales figura el destacado Premio Pulitzer. Hija de padres judíos, su padre argentino y madre norteamericana, criada entre Kansas y Buenos Aires, Sonia Nazario ha entendido como pocos el impacto de la migración y del exilio. Luego de nuestra conversación en San Diego, Nazario me envió este texto:

After World War II, the U.S. had a moral reckoning. During the war, we sent back a ship, the *St. Louis*, with 900 Jews aboard. We wouldn't let them dock on our shores. Hundreds were killed when they were returned to Germany in the Holocaust. We wouldn't let Anne Frank's family come to the U.S. After the war, we became leaders in the refugee movement, in saying: never again. But we are doing it again. Most —53%— of the migrants apprehended on our southern border are from three countries in Central America that are among the most dangerous places on earth. Increasingly, we are denying these people asylum, even breaking our own laws in doing so. Immigration will continue as long as people feel they are in a burning house and they have to get out. The only thing that will truly change that is if the U.S. helps change conditions in these three countries by reducing violence, corruption, and bolstering good governance. In the meantime, we should protect people fleeing harm.

(Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos tuvo un ajuste de cuentas moral. Durante la guerra mandamos de vuelta el barco *St. Louis* con 900 judíos a bordo. No los dejamos atracar en nuestras costas. Cientos fueron asesinados cuando regresaron a Alemania durante el Holocausto. No permitiríamos que la familia de Ana Frank viniera a los Estados Unidos. Después de la guerra, nos convertimos en líderes del movimiento para refugiados, en decir: nunca más. Pero lo estamos haciendo otra vez. La mayoría (el 53 por ciento) de los migrantes detenidos en nuestra frontera sur son originarios de tres países de América Central que se encuentran entre los lugares más peligrosos del planeta. Cada vez más negamos asilo a estas personas y hasta violamos nuestras propias leyes para hacerlo. La inmigración continuará mientras haya personas que sientan que están en una

casa en llamas de la que deben salir. Lo que puede cambiar esta situación realmente es si los Estados Unidos ayuda a cambiar estas condiciones en estos países para reducir la violencia, la corrupción y fortalecer el buen gobierno. Mientras tanto debemos proteger a las personas que huyen del daño.)



Sonia Nazario es una reconocida periodista norteamericana, cuya obra ha gravitado en torno a temas relacionados con los derechos humanos y la justicia social, como el hambre, la adicción a las drogas y la inmigración. Ha sido galardonada con algunos de los premios más prestigiosos del periodismo y de la literatura norteamericana. Nazario es mayormente conocida por su libro *La travesía de Enrique*, la historia de un niño hondureño que lucha por encontrar a su madre en los Estados Unidos. Esta historia fue publicada inicialmente como una serie de artículos en el periódico *Los Angeles Times* y ganó dos premios Pulitzer en el año 2003. La historia se amplió a un libro y fue publicada

por Random House, momento a partir del cual se convirtió en un *bestseller* internacional. Sus recientes esfuerzos humanitarios por conseguir abogados para niños migrantes que viajan solos a Estados Unidos la llevaron a Nazario a recibir el premio humanitario de Don and Arvonne Fraser en 2015 como defensora de los derechos humanos. Fue nombrada en 2015 como ganadora del premio Champion of Children otorgado por First Focus y en el 2015 HIAS Pennsylvania le otorgó el premio Golden Door. En 2016 el Centro de Paz y Justicia de Houston le otorgó el premio National Peacemaker. Nazario ha escrito extensamente acerca de América Latina y sobre los latinos en los Estados Unidos.

En mayo de 2018 me informaron que Gustavo Segade recibiría un reconocimiento en el Centro Cultural Tijuana (CECUT) por su trayectoria y su compromiso con la literatura de la frontera. Para mi sorpresa, llamada telefónica de por medio, me enteraba de que Segade vivía a pocos minutos de mi casa. Nos pusimos de acuerdo y nos encontramos en su casa, donde hicimos algunos retratos en compañía de su esposa y de sus mascotas. Hablamos de la vida universitaria, de su trayectoria como fundador del Programa de Estudios Chicanos en la Universidad Estatal de San Diego, y reímos mucho. La química fue inmediata. Cuando le pedí a Gustavo si le gustaría compartir conmigo algunas palabras sobre la frontera, él me propuso enviarme un poema, que comparto a continuación:

What the Border Means to Me

My mother, Luisa/Louise was Puerto Rican
 My father Oscar/Gustavo was Cuban
 The traditions of those two islands
 made for a border between my parents
 I learned Spanish and English from Oscar and Luisa
 Borders have been both
 personal and professional
 in my life
 In the army I was introduced to Mexico
 in the Juarez/El Paso border
 Another border, as complicated
 as my parents' life had been
 as complicated as my brother and two sisters
 and my life had always been
 In the army I spent 26 months at Fort Huachuca, Arizona,
 near Nogales, near Naco, Mexico
 La Casa Blanca had a bartender named Nacho

The Madam who ran the brothel was jim crow all the way
 She shot a pistol at a black soldier who tried
 to get a drink at her all white Mexican house
 After the army, I decided to live in Tucson
 and attend the University of Arizona
 where I specialized in western classical studies
 Latin was my major and Greek was my minor
 I avoided Spanish because of my background
 Taking Spanish was re-identifying with my culture
 In 1961 I got my bachelor's degree and no job
 I had taken a survey of Latin American literature
 to fill out my schedule to get my G.I. Bill stipend
 Dr. Renato Rosaldo offered me a teaching assistantship
 in Spanish and made me a graduate in their Spanish program
 I ended up with a Ph. D. in Spanish with a minor in Portuguese
 To supplement my teaching assistantship
 I became a Peace Corps language teacher
 I visited Mexico, from Vera Cruz, to Puebla, to Mexico City
 especially Northern Mexico, where in the 1960's
 there were still rumblings of revolt against the *chilangos*
 Each area of Mexico has a different local culture
 The border, because of its proximity to the USA
 is more prosperous than other parts of Mexico
 The government takes money out of the North
 The northern people, those on the border,
 resent these losses, some bitterly

I came to San Diego State College in 1967.
 The College had an enrollment of 19,000
 Very few were of Mexican background
 In the Spanish department an ignorant white racist professor
 was running things
 in competition with an ignorant
 Mexican racist professor trying to run things
 In 1968 I joined the Chicano Movement
 We began to run things
 We established Chicano Studies
 We recruited Chicano students
 We recruited Chicano faculty
 Now its called the Department of Chicano/ Chicana Studies
 The valedictorian two years ago was a transgender male

Many of the students have become lawyers, doctors,
 teachers, school administrators, and politicians
 Chicano/Chicana is an extremely complicated entity
 They are people of Mexican background,
 mostly citizens of the United States
 who needed a new name, a new identity
 to deal with this world of complicated identities
 between the USA and Mexico

I began translating Chicano literature
 from Spanish to English with Sergio D. Elizondo
Perros y antiperros in 1972.
 After my Chicano Movement days
 I began my Translation Studies days
 Our Spanish graduate students edited
El último vuelo, which included Mexican authors
 border authors from Monterrey, Mexicali and Tijuana
 They all needed translations into English
 I taught an upper division class in Spanish
 where we had visiting Northern Mexican authors
 read their works and discuss those works
 with our Spanish students

I have been on the Puerto Rican/Cuban
 United States/Mexican/ Chicano-a
 border since I was born
 82 years ago
 The border is me.

(Lo que la frontera es para mí

Mi madre, Luisa/Louise, era puertorriqueña
 Mi padre, Oscar/Gustavo, era cubano
 Las tradiciones de estas dos islas
 contribuyeron a crear una frontera entre mis padres
 Aprendí español/inglés de Oscar y Luisa
 Las fronteras han sido tanto
 personales como profesionales
 en mi vida
 En el ejército llegué a México
 a la frontera de Juárez/El Paso

Otra frontera tan complicada
 como había sido la vida de mis padres
 tan complicada como había sido la vida de mi hermano,
 de mis dos hermanas y la mía.
 En el ejército pasé 26 meses en Fort Huachuca, Arizona,
 cerca de Nogales, cerca de Naco, México
 La Casa Blanca tenía un bartender llamado Nacho
 La Madam que dirigía el burdel era racista a la Jim Crow
 Disparó su pistola a un soldado negro que intentó
 tomar un trago en su casa blanca mexicana
 Después del ejército, decidí vivir en Tucson
 y fui a la Universidad de Arizona
 donde me especialicé en estudios clásicos
 El latín era mi carrera y el griego mi subcampo
 Evité el español por mi herencia
 Estudiar español era re-identificarme con mi cultura
 En 1961 terminé mi licenciatura sin un trabajo
 Había tomado un curso panorámico de literatura latinoamericana
 para llenar mi horario y obtener mi subsidio militar
 El doctor Renato Rolsado me ofreció una beca graduada
 en español y me permitió graduarme en su programa
 Terminé con un doctorado en español y una subespecialidad en portugués

Para suplementar mi beca graduada
 Me convertí en un maestro de lengua en el Cuerpo de Paz
 Visité México, de Veracruz a Puebla y luego la Ciudad de México
 Fui especialmente al norte de México, donde en los 1960
 aún existían fragores de revuelta en contra de los *chilangos*
 Cada rincón de México tiene una cultura local diferente
 La frontera debido a su proximidad a los Estados Unidos
 es más próspera que otras partes del país
 El Gobierno toma dinero del Norte
 La gente nortea, esos en la frontera,
 resienten esas pérdidas, algunos amargamente

Llegué a San Diego State College en 1967
 La universidad tenía un alumnado de 19,000
 Muy pocos tenían herencia mexicana
 En el departamento de español un profesor blanco, ignorante y racista
 mandaba todo
 en rivalidad con un profesor mexicano

racista e ignorante que también trataba de mandar
 En 1968 me uní al Movimiento Chicano
 Empezamos a gestionar cosas
 Establecimos los estudios chicanos
 Reclutamos a estudiantes chicanos
 Reclutamos a profesores chicanos

Ahora es el Departamento de Estudios Chicanos
 El mejor estudiante hace dos años era un hombre transgénero
 Muchos de los estudiantes se han convertido en abogados, médicos
 maestros, administradores educativos, y políticos
 Lo Chicano es una entidad muy complicada
 Son personas con herencia mexicana
 La mayoría ciudadanos estadounidenses
 que necesitaban un nuevo nombre, una nueva identidad
 para lidiar con este mundo de identidades complejas
 entre los Estados Unidos y México

Empecé a traducir literatura chicana
 del español al inglés con Sergio D. Elizondo
Perros y antiperros en 1972.
 Después de mis días en el Movimiento Chicano
 Comenzaron mis días en los Estudios de Traducción
 Nuestros estudiantes de postgrado editaron
El último vuelo que incluía autores mexicanos
 autores de la frontera de Monterrey, Mexicali y Tijuana
 Todos necesitaban traducciones al inglés
 Enseñé una clase de nivel superior en español
 Donde tuvimos como invitados a autores del norte de México
 leyeron sus trabajos y los discutieron
 con nuestros estudiantes de español

He estado en la frontera puertorriqueña/cubana
 Estadounidense/mexicana/Chicana
 Desde que nací.
 Hace 82 años
 Esta frontera soy yo.)



Gustavo V. Segade (Nueva York, 1936). Profesor emérito de San Diego State University, catedrático, crítico, poeta, traductor y activista. Vive en San Diego. Es de origen puertorriqueño y cubano, y recibió su doctorado en español de la Universidad de Arizona. En 1968 fue uno de los fundadores del Departamento de Estudios Chicanos de Universidad Estatal de San Diego. Ha participado extensamente como traductor de varios poetas latinoamericanos, mexicanos y chicanos: Mónica Lavín, *Points of Departure* (2000); Gabriel Trujillo Muñoz, *Permanent Work: Poems 1981–1992*; Sergio Elizondo, *Perrros y antiperros* (1972).

En noviembre de 2015, unos meses antes de comenzar mi proyecto formalmente, tuve la oportunidad de conocer a varios escritores mexicanos como Elizabeth Villa, Mauricio Carrera, Daniel Salinas Basave y Daimary Sánchez Moreno, entre otros, que formaban parte del séquito de invitados por Martín Camps en el marco de su programa Itinerarte. Mientras comíamos y conversábamos fui llevándome a los escritores, uno por uno, por el campus de la Universidad de San Diego, para hacer sus retratos. Daimary, que viene del mundo de espectáculo, como actriz, dramaturga y profesora de teatro, me facilitó mucho la tarea de fotógrafo. Quedamos en contacto y aceptó hacer una sesión de fotos en Tecate, lugar en el que vive. Un año más tarde, nos fue posible coordinar un encuentro en una casa abandonada en las afueras de la ciudad, camino a Tijuana. Hemos conversado mucho con Daimary acerca de la vida en la frontera en estos últimos dos años y mientras pensaba cómo encarar este foto-ensayo, le pedí que me compartiera algunas palabras:

Pronto serán 10 años que decidí empezar a cultivar el género dramático, de la mano del dramaturgo Daniel Serrano. Tenía poco de haber egresado de la Licenciatura en Lengua y Literatura de Hispanoamérica de

la Universidad Autónoma de Baja California, en la que preponderaba la narrativa, salvo por algunas acertadas excepciones, que me permitieron acceder a los clásicos griegos, Shakespeare, Jean Anouilh, Lorca, Marlowe, Moliere, entre otros.

Antes de la dramaturgia estuvo la actuación, cuando con 17 años, invitada por una amiga, decidí inscribirme al taller de teatro dirigido por el Dr. Fernando Rodríguez Rojero, en la ciudad fronteriza de Tecate, Baja California. No pasó mucho tiempo para que me diera cuenta que el teatro era la horma perfecta para mi escritura. Un hogar al que le podía dedicar las horas.

Creo que el teatro sabe hacer muchas cosas, pero entre todas, hay una que le sale muy bien: contar historias. Cuando voy al teatro o leo teatro pienso en esto. Después recuerdo esa sentida frase pronunciada por Galeano: “Dicen los científicos que estamos hechos de átomos, a mí me dijo un pajarito que estamos hechos de historias”. Entonces me queda muy claro por qué es necesario vernos representados en el teatro, sutil espejo en movimiento de una realidad que llevamos bordada en el cuerpo.

Si somos historia, también somos memoria, y ahí el teatro tiene mucho que aportar, con esa puntual y arrobadora capacidad que tiene de descubrir, ante los ojos del espectador, lo tremendo que es estar vivo. No exagero cuando digo que sentado en el teatro o haciendo teatro, podemos tejer la urdimbre de una realidad más amable; respirable. Una que le recuerde al mundo que no está solo. No olvido. He visto los rostros más duros y curtidos humedecerse después del oscuro final, para después decir gracias.

Por todo esto decidí dedicarme a aprender del teatro. Porque no cambio la cercanía con la gente, sus rostros siendo tocados por las palabras y cercanía de los actores, cuando los asalta la sorpresa de hallar que el llanto del que tienen enfrente se parece mucho al suyo, para recordar que comparten lo humano. Hablo de un teatro vivo.

En ese sentido creo que el hecho de que la escritura aborde fenómenos como la migración, un tema que me toca de cerca al ser una dramaturga nacida en frontera, es un acto revolucionario, que en tiempos de Trump

se ha vuelto indispensable, porque TODOS SOMOS MIGRANTES. En algún punto del camino, si revisamos la historia, siempre hallaremos a ése o ésa que decidió aventurarse a caminar otras tierras porque eligió la vida. Siendo escritores, pronunciarnos a favor de la vida, es nuestro deber.

Si observamos, migrar esconde también un acto re-evolucionario que exige tratarse con verdad, que revela para el escritor un segundo deber en temas de política internacional: resignificar las palabras a través de la acción que las hace posible y no de las políticas en turno. Todo eso se puede hacer muy bien escribiendo teatro, montando teatro, acudiendo al teatro.

No es casualidad que en mi carrera como dramaturga, uno de los trabajos que más satisfacciones me ha dejado sea precisamente uno que aborda el tema de la migración indocumentada y la violación a los derechos de los migrantes: *Are You Bringing Something from Mexico?*, recientemente montada en Los Ángeles, California, por el Dir. Juan Parada y la compañía de teatro *Off the Tracks Theater Company*, compuesta por actores y actrices migrantes que se hacen acompañar de un espléndido equipo de trabajo en su mayoría latino, demostrando que ser migrante no es sinónimo de ser criminal.

Nuestro planeta posee temperaturas, lenguas, biodiversidad, colores, aromas, dioses y creencias distintas, pero una sola raza: la raza humana. Cuya naturaleza es moverse al sitio que le provea a sí mismo y a su clan todo lo necesario para vivir en paz, sin visas ni aranceles. Para muchos esto es una utopía; para mí, como dramaturga, es una verdad en la que insistiré cada vez que escriba.

En tiempos de Trump, como dramaturga, a través de *Are You Bringing Something from Mexico?* y futuros textos, me pronuncio como mexicana, como hija y nieta de migrantes, en total desacuerdo con la “política de tolerancia 0” emitida por la administración de Donald Trump, la cual incluye aspectos como la criminalización de la migración indocumentada. Ser migrante no es sinónimo de ser criminal. Me pronuncio también en contra de la separación de padres e hijos migrantes, pues el mejor lugar para un niño será siempre aquel donde se le provea la medida justa de

amor y sabiduría. No la cárcel. No las jaulas. Porque como dijo Rilke: “la patria del hombre es la infancia”; nuestro deber como adultos es velarla, pues en ella se estructura la personalidad. ¿Qué hombres y mujeres esperamos construir para el mundo, teniendo como único horizonte el racismo y la xenofobia? Me pronuncio también en contra de la derogación de la amnistía para migrantes indocumentados, que llegaron a Estados Unidos siendo niños, los llamados *Dreamers*. Sirven todas estas historias, nuestras historias, para no equivocar nuevamente las leyes, para que estas salvaguarden el bienestar humano y no la mentalidad coercitiva de unos cuantos, que quizá nunca tuvieron la necesidad de migrar para comer, para vivir. Cualquiera que haya sido su infancia, no los exime del deber de cultivar desde el Congreso justicia, equidad, libertad, asilo, amor. Concluyo trayendo a este texto las atinadas palabras de Rolf Behncke C, en el prólogo al texto *El árbol del conocimiento* de Maturana y Varela, cuando desde el campo de la biología y la cibernética pronuncia:

El que hasta ahora la vida cultural de los diferentes pueblos de la Tierra esté centrada en la defensa de las fronteras de sus particulares certidumbres, no es más que un signo de que nuestra humanidad no se ha encontrado aún a sí misma, ni hemos asumido plenamente *ex toto corpore et toto corde* (con todo el cuerpo y todo el corazón) lo que significa ser humano. Y la ausencia de este encuentro, de esta reflexión profunda sobre nuestra condición humana, la estamos pagando muy caro, y la seguiremos pagando cada vez más caro, mientras el eje de nuestro entendimiento social gire en torno a la defensa de particulares fronteras culturales, puesto que seguiremos girando excéntricamente a lo que es la naturaleza última del ser humano: su ser social, que es su ser en lenguaje, esto es, en coordinación consensual (comunicación), en una palabra, en cooperación mutua.



Daimary Sánchez Moreno es licenciada en lengua y literatura de Hispanoamérica por la UABC y maestra en artes escénicas por la Universidad Veracruzana. En 2011 es acreedora al Premio Nacional de Dramaturgia Wilberto Cantón, con la obra *Are You Bringing Something from Mexico?*. Es miembro fundador del Laboratorio de Investigación Escénica: La Clepsidra. A la par de su labor como creadora escénica y dramaturga, es docente de la Facultad de Artes y la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Su escritura escénica y escritural de un tiempo a la fecha se ha centrado en la investigación de historias de vida de relato de vida único y cruzado, siguiendo el método de investigación autoetnográfico, trabajo al cual llama “teatro autoetnográfico”.

No siempre tengo del todo claro dónde voy a hacer las fotos ni qué condiciones me esperan. El desierto de Sonora, que divide una porción de la frontera México-Estados Unidos, se caracteriza por un clima bastante inhóspito y cambiante, con un sol radiante la mayor parte del año y generalmente mucho viento, lo que sin duda siempre complica el trabajo de montar luces y difusores, más aún sin el lujo de una persona que asista. Cuando me puse en contacto con José Salvador Ruiz, un escritor de Mexicali y académico que se especializa en el género negro, supe que podríamos hacer una foto interesante. Yo venía de hacer una serie de fotos estilo “noir” en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y le propuse a José buscar una estética del negro-criminal, adaptada al siglo XXI; una suerte de apuesta “neo-noir”. José me llevó a uno de los barrios más icónicos de Ciudad Juárez, conocido como La Chinesca, un barrio en el que se habían asentado inmigrantes chinos hacia fines del siglo XIX y principios del XX y dentro del cual transcurren varios de sus textos. Una vez allí, encontramos un callejón para resguardarnos del viento y del sol

de mediodía. La foto que surgió de aquella sesión luego fue exhibida en una reconocida galería de Nueva York. Cuando le pedí a José Salvador Ruiz un texto inédito sobre su experiencia en la frontera, me envió el siguiente, titulado “Cuando desperté, el cerco ya estaba ahí”:

Cuando desperté, el cerco ya estaba ahí. Ahí a quinientos metros de mi casa de la colonia Cuauhtémoc de Mexicali. Era un dinosaurio de alambre que acechaba como guardián de un paraíso prohibido. Sus dientes de púas filosas desalentaban su cruce. Por las mañanas escupía ropas desgarradas víctimas de sus dentelladas de acero que arrebatan sueños de un futuro mejor. La migración siempre estuvo a tiro de piedra. Fui testigo, y a veces cómplice, de cruces ilegales de desconocidos que se perdían en los campos de cultivo que tapizaban el lado gringo.

No todos los fronterizos buscan el sueño americano. Para muchos fronterizos y transfronterizos cruzar el cerco es solo un escape temporal no una obsesión ligada a un mejor futuro. El cerco se cruza para ir de *shopping*, para surtir el mandado, trabajar ocho horas y regresar a casa donde la vida es menos cuadrada, donde la vecindad sigue siendo importante y vivir bien no depende de tu calificación crediticia.

Mi infancia transcurrió a una cuadra de ese cerco que dividía el primer mundo del tercero, el sueño americano de la pesadilla mexicana, los dólares verdes de los pesos devaluados. Solo mediaba un lote baldío donde solían adiestrar caballos. Correrlos. Del lado mexicano, mi lado, estaba la colonia Cuauhtémoc Norte, sus calles de tierra, sus chamizales, sus pinos salados, sus casas de adobe, de madera, de hormigón o ladrillo, según lo dictara el bolsillo. De aquel lado, la carretera bien asfaltada, las camionetas verdes de la Border Patrol y los campos de hortalizas que viajarían sin necesidad de pasaporte hacia otras partes del mundo. La primera vez que crucé ese cerco fue ilegalmente, lo crucé para recoger la pelota de béisbol que el Gordo Presichi había botado de *home run* en un juego del barrio desde ese lote baldío. Por las mañanas el lote era campo de béisbol o fútbol y por las noches guarida de bultos humanos que semejaban tumbas ambulantes esperando su turno para cruzar el cerco cuando la migra no estuviera ahí. Pero siempre estaban ahí, como

el dinosaurio. Mis ojos infantiles veían a estos hombres y mujeres soñando cruzar, anhelando la promesa de una vida mejor más allá del cerco, del dinosaurio de malla que blandía sus dientes de púas sobre los sueños cansados de los migrantes. Por eso nunca simpaticé con los conceptos de una frontera conceptual, metafórica, elucubración de mentes agudas, geniales quizá, pero alejada de lo real, de lo que duele.

Soy un transfronterizo, crucé legalmente porque mi padre, por esos accidentes de la vida, nació en un pueblo minero de Arizona en los años posteriores a la Gran Depresión. Nunca vivió ahí, pero eso le bastó para ser un “American born” y tramitar la mica a toda su familia cuando yo tenía como diez años. Siempre viví en el lado mexicano, cruzaba diariamente hacia Caléxico para asistir a la preparatoria cuando dejé el Colegio de Bachilleres en Mexicali. Fue hasta los veintiún años cuando salí de Mexicali y emigré a San Diego para cursar estudios. Allá viví doce años y regresé al terruño cuando se abrió una plaza en Imperial Valley College, el colegio comunitario de este condado. Ahora sigo siendo transfronterizo, vivo en El Centro y cruzo hacia Mexicali todos los días para llevar a una de mis hijas a una escuela para niños especiales. Soy pues, un Nepantla con sentri.



José Salvador Ruiz Méndez (Mexicali, 1971) es narrador y ensayista. Es co-antólogo de los libros *Expedientes abiertos*. *Cuentos policíacos de la*

frontera México–Estados Unidos (2014), *Fuegos cruzados. Ensayos sobre la narrativa policiaca de fronteras* (2016) y *Testigos de ausencias. Cuentos y relatos en torno a la diáspora literaria mexicana* (2017). Es autor de los libros de ensayos *Pájaros de cuentos. El cuento criminal bajacaliforniano y sus autores intelectuales (1982–2015)* (CECUT-Secretaría de Cultura, 2016) y *Muertos en el tintero. La narrativa policiaca de Gabriel Trujillo Muñoz* (2017). Asimismo, es autor de la novela *Nepantla P.I.* (Artificios, 2014) y de los libros de cuento *Hotel Kennedy* (Artificios, 2016), *Crímenes sueltos* (ICBC-Secretaría de Cultura, 2017) y *Ni deis lugar al diablo* (Gobierno Municipal de Tampico, 2017). En 2016 ganó el Premio Nacional de Cuento Rafael Ramírez Heredia y el Premio Estatal de Literatura de Baja California en las categorías de cuento y ensayo. En 2017 ganó el Premio Regional de Cuento Ciudad de La Paz con su manuscrito “Lawless Border Towns”.

Con el paso del tiempo, he conocido a muchísima gente que me ha recibido en sus vidas con los brazos abiertos y junto a quienes he compartido momentos únicos e inolvidables. Cuando supe que la poeta Yohanna Jaramillo, quien organiza desde hace varios años el Festival Caracol de Poesía, en Tijuana, que en 2018 por primera vez en 13 años, iba a trasladar el encuentro al sur, a las colonias agrícolas del Valle de San Quintín, donde ella vive desde hace un tiempo y prepara su nuevo libro, me ofrecí acompañar a Yohanna y a su séquito de poetas provenientes de tan diversas partes del mundo como Suecia, Chile y Haití, con el fin de documentar este evento histórico. Pasamos unos días muy intensos y enriquecedores; se leyó poesía en plazas y en ejidos. Antes de emprender el viaje de regreso a Tijuana, desde donde los poetas harían sus conexiones para regresar a sus respectivas ciudades y países, le propuse a Yohanna hacerle su retrato. Estábamos apurados. El huracán Rosa se anunciaba con un cielo negro y una incipiente llovizna. Las radios pasaban las direcciones para los centros de refugios que estarían abriendo. Se venía la tormenta y tuve cinco minutos para subirme al autobús escolar con el que Yohanna llevaba a sus escritores de un compromiso a otro e hice la foto. El fuerte compromiso con la justicia social y los derechos humanos son denominadores comunes de la poesía de Yohanna Jaramillo, como ella misma explica:

Migrantes, desplazados, nómadas son términos apropiados para justificar de alguna forma los antiguos y actuales regímenes de gobiernos para forzar a muchas personas a trasladarse a lugares donde las tierras apropiadas puedan trabajarse con mano de obra barata; no echar raíces, abandonar el hogar y costumbres, borrar la memoria genética, siempre estar en movimiento.

En tiempos donde se puede modificar el clima, donde tenemos avances tecnológicos, es increíble que sigan manipulando personas, saqueando tierras, informando erróneamente a la sociedad. Crecí en una frontera donde el vecino siempre tiene a los perros alterados, donde no puedes dormir tranquila ya que en algún momento sus enemigos pueden atacarlos. Aun así, ellos llaman a mi país *violento*, a mis paisanos *pobres* y a los *desplazados* los llevan a trabajar sus suelos con el apoyo de mi gobierno.

Tijuana se ha conformado de migrantes (asiáticos, centroamericanos, europeos). La diferencia es que aquí todos son bienvenidos, yo no crecí viendo estereotipos, ni nombrando por su apellido a la gente, ni de México ni de Estados Unidos, solo del planeta. Crecí observando cómo migrar en pocas ocasiones te trae mucha paz cuando llegas a puntos libres, donde la ciudad en crecimiento te muestra querer asentarse, querer siempre escuchar ese mar *pacífico*.

Migrar: acto desesperado fomentado/inducido.

Las fronteras dividen ciudadanos, pero unifican un futuro que no se parecerá al presente.



Yohanna Jaramillo (Tijuana, 11 de noviembre de 1979). Poeta, investigadora y promotora cultural. Tiene publicada las obras *Pacíficos* (Editorial Casa

Poesía Costa Rica, 2007), *Yohismos* (Propia Cartonera de Uruguay, 2010), *Trotamentes* (Torre de Babel Ediciones, 2010), *Diarios del este* (Colección La Ceibita, FETA, 2012), *32°/33* (Editorial Piedra Cuervo, 2013; Ediciones El Humo, 2014; Ediciones El Humo, 2015) y *Municipio artesanal* (Mono Ediciones, 2017). Su obra ha sido traducida al italiano y al inglés. Dirige desde 2006 el Festival Internacional Poesía Caracol, Tijuana.

Cierro este trabajo con una foto de Roberto Castillo Udiarte, una de las personas más cálidas y comprometidas que he conocido en estos dos años. Castillo Udiarte fue el primero en traducir la poesía de Charles Bukowski al castellano. Un amante del jazz, la poesía y el buen vino, nos encontramos en Playas de Tijuana, un lugar cargado de simbolismo en esta era en la que se habla de muros y de barreras. El “bordo” que viene desde Tijuana desemboca en la playa bien adentro de las olas del Océano Pacífico.

Hacia viento y algo de frío, y peor aún, debido a un embotellamiento de tránsito, Roberto se había retrasado y al llegar tarde ya casi no nos quedaba luz ambiente suficiente. Por teléfono le había pedido a Roberto que por favor evitara el color blanco, dentro de lo posible (el blanco me complica con los rebotes de luz de mis luces), pero me explicó que venía de dar clases en un centro de detención juvenil, en el que está estrictamente prohibido ingresar con colores de ningún tipo. Por suerte, el tiempo nos alcanzó lo justo para hacer la foto y poder irnos a tomar unos vinos y hablar de literatura con jazz de fondo.

La frontera: el espacio entre la vida y la muerte, el sueño y la pesadilla, la separación de las familias de sangre pero, al mismo tiempo, el lugar donde se fusionan los idiomas y el amor. La frontera es un muro de incompreensión y, a la vez, un puente que comunica a dos realidades, que incita al intercambio de lenguas y corazones para un inventar un mundo nuevo.



Roberto Castillo Udiarte (Tecate, Baja California, 1951). Estudió letras inglesas e hispanoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y comunicación en la Universidad Iberoamericana Tijuana. Ha sido profesor, corresponsal, traductor, periodista cultural, editor y promotor cultural. Tiene 16 libros publicados de poemas, narrativa y crónica; además ha realizado y publicado varias antologías. Sus poemas han sido traducidos al inglés, alemán, francés, italiano y portugués.

A modo de conclusión

Este proyecto tiene como propósito arrojar luz sobre uno de los debates más importantes del siglo XXI que son la inmigración y la(s) frontera(s). Desde su concepción el proyecto propone desafiar los estereotipos que suelen ser asociados con el mundo fronterizo y demostrar que, en ambos lados, en pueblos y en ciudades, existe una rica y nutrida tradición literaria que la llevan adelante escritores, ensayistas, poetas, dramaturgos y traductores a lo largo y a lo ancho de estos tres mil kilómetros de frontera norte-sur.

¿Pero, por qué entonces un proyecto de retratos de autores? Porque me parece que es una manera más de abordar este tema. Es una forma de humanizar el discurso oficial y homogeneizante proveniente de ambos lados.

¿Cómo sigue? En mayo de 2018, el Centro Cultural Tijuana realizó una muestra fotográfica del proyecto en el marco de la Feria del Libro. Para mayo-junio 2019 se haría algo parecido, pero en Chihuahua, en la Feria del Libro

de Ciudad Juárez. Llevo apenas un centenar de fotos y siento que me faltan muchas más. De cara al futuro, quisiera incorporar retratos de otros artistas, como músicos, pintores, gente del mundo de la danza que, como los escritores que vengo retratando, logran derribar barreras y crear nuevos lazos y puentes entre las culturas.

Meter, Alejandro. "Borde(a)r rostros: Una cartografía fotográfica de la frontera México-Estados Unidos." *Migraciones, derechos humanos y acciones locales*. Ed. Barbara Frey, Ana Forcinito y Ana Melisa Pardo. *Hispanic Issues On Line* 26 (2020): 215-246.
